

El fraude impune crea hábito

Deja que la virtud engalane tus pensamientos.— Abraham Lincoln

ALFONSO NACIANCENO

¿A QUIÉN ENGAÑA un fraudulento? Ante todo, a él mismo a su familia y a la sociedad. Son conocidos casos de personas admiradas hasta un día en que se despeñan al son de una desvergüenza comprobada y pierden la estimación de sus seguidores.

Así ha acontecido con deportistas famosos como el ciclista norteamericano Lance Armstrong, desprovisto de todos sus títulos en el 2012 al verificarse su dopaje. Tampoco escapan al riesgo de verse tentados por el engaño personajes de las manifestaciones culturales, científicas, técnicas y de otras aristas del quehacer cotidiano como la producción y los servicios.

Con independencia de los derroteros por donde nos conduzca la vida, habrá más posibilidades de esquivar el fraude si desde pequeños apreciamos la educación forjada en armonía entre la escuela y el hogar como la unión capaz de contribuir a formar hombres y mujeres de bien, aferrados a una manera

de actuar sencilla, honesta, valerosa.

En el ámbito escolar (desde la primaria hasta la Universidad), no solo falta a la honestidad y al respeto de cuantos lo rodean quien lleva al aula un “chivo” escondido, repleto de apuntes afines con los temas que —según su discernimiento— saldrán en el trabajo de control parcial o en cualquier otra comprobación de conocimientos. Igual de perniciosa es la actitud del que, sobre la base de un falso sentido de la amistad, le “sopla” la respuesta al compañero, sin reparar en el daño ocasionado, pues ese reprobable proceder tiende a crear en el beneficiado el hábito de servirse, sin sonrojo, del saber ajeno.

En cierta ocasión conversé con un joven, exalumno de la Facultad de Economía, en la Universidad de La Habana. Me relató que al principio le resultó un tanto difícil cogerle el golpe a la exigencia de los estudios en el primer año de la carrera, notó de inmediato el cambio tras ascender al escalón más alto de nuestra enseñanza, aun así iba saliendo adelante.

Me dijo que, “por ayudar a un amigo

del aula”, intentó pasarle por escrito la respuesta a una de las preguntas de examen, instante en que el profesor los sorprendió. Fueron separados del centro. Después de ese día nunca más contactó con aquel supuesto “amigo” y en su recuerdo perdura la mácula, porque aunque al cabo de dos años debió haber intentado regresar a los estudios, no tuvo la fuerza suficiente para hacerlo. No obstante, hoy está integrado a un centro laboral y es reconocido por su familia.

El mal perjudica tanto a los protagonistas directos como a los que aportan a la escena el silencio cómplice, inequívoca señal de aprobación. Seguramente al profesor destinado para cuidar a un grupo le resulte difícil mantenerse en “alerta extrema” todo el tiempo para seguir cada movimiento de los alumnos que tienen en sus manos una hoja de examen, situación aprovechada por aquellos que no le extrajeron el máximo a las clases para “fijarse”.

Pero, ¿acaso quien copia las respuestas de otro burlará al profesor? El día a día, la experiencia de un curso

tras otro tomándole el pulso a cada uno de sus alumnos, le ofrecen al educador una percepción clara del rendimiento individual de sus discípulos y lo faculta para asentir a una alta calificación de un joven aplicado, así como dudará si el modorro se le aparece, de buenas a primera, con una puntuación a la que no ha sido acreedor durante el proceso de aprendizaje. Este último, si logra evadir su responsabilidad, de seguro la vida se encargará de suspenderlo.

Hoy los intentos de fraude se arropan bajo distintas mantas. No hablamos del alumno verdaderamente cariñoso que se acerca al profesor con deseos de aprender, sino de quien adula (o regala) por tal de obtener beneficios a la hora de ser calificado. También existe —en ocasiones con la complicidad de algún familiar— el burdo ánimo de sobornar para asegurar una buena nota en la prueba.

Son prácticas ajenas a la moral y los principios que deseamos fomentar en nuestra sociedad, para que el fraude no quede impune ni cree hábito.

Los “médicos” de la soldadura

JULIO MARTÍNEZ MOLINA

CIENFUEGOS.—¿Cuánto daño podría causarle a una determinada empresa o a cualquier organismo que las obras acometidas adolezcan de fallas en su sistema de soldaduras? Filtraciones es el menor de los perjuicios, explosiones, el peor.

En Cienfuegos radica una entidad —cuyo alcance abarca a todo el país— encargada de los servicios de control para determinar el estado técnico de las uniones soldadas, recipientes, tuberías y estructuras metálicas. Es la Empresa de Servicios Técnicos de Defectoscopía y Soldadura (CENEX).

Sus especialistas desarrollan un trabajo preventivo, diagnostican el problema mediante un viaje al alma de la soldadura y de ese modo evitan catástrofes o posibles accidentes.

Perteneciente al Ministerio de la Construcción, su origen como Centro de Control Técnico data de 1985, enfilado en un primer momento a la supervisión del levantamiento de la Central Electronuclear de Juraguá, explica a **Granma** su director general, Pablo Fon Ariosa, Máster en Soldadura e ingeniero mecánico.

Luego de atravesar una etapa de reconversión, se constituye en la Empresa antes citada, según resolución del Ministerio de la Construcción emitida en el 2002. A partir de entonces, el quehacer de los 64 trabajadores ha sido intenso en disímiles provincias.

Yandi Herrera Roque, especialista de Producción e ingeniero industrial, considera de gran peso dentro del perfil de los 45 defectoscopistas, expertos en soldadura e inspectores vinculados directamente al terreno, la radiografía industrial de las plantas. Esta entra dentro de lo denominado en el argot como ensayos no destructivos.

Estos consisten en ultrasonidos, medición de espesores, comprobación de partículas magnéticas, inyección de liqui-



Los técnicos de CENEX prestan útil función en el país.

dos penetrantes, ensayos de hermeticidad, mediciones de dureza y metalografía mediante réplicas, complementa Yandi.

Fon Ariosa anota otra de las áreas de proyección de relieve, como son los denominados ensayos destructivos, los cuales además de incluir metalografías intensas, incorporan análisis de tracción y flexión en las uniones soldadas.

“Lo anterior posibilita que las industrias tengan un nivel de seguridad y confianza por la fiabilidad de los chequeos de especialistas de larga experiencia”, sostiene Rogelio Álvarez, director de Operación del CENEX.

Es así que son requeridos por disímiles entidades. Por más de una década han estado presentes en el sector niquelífero del oriente del país. Además, los precisan en ENERGAS,

en el control de calidad de la reparación de oleoductos y las bases de almacenamiento de combustible, explica el director general.

Combinados lácteos, frigoríficos y sitios de diversa matriz donde existen tuberías a presión y sustancias tóxicas o peligrosas también los demandan, añade.

FORMANDO EL RELEVO

Algunos de estos especialistas llevan varios lustros o décadas en el oficio. La masa calificada de CENEX está envejecida, no cabe duda. Ellos mismos lo reconocen y, preocupados por el futuro, se encargan de garantizar el relevo.

“De no preparar a nuevos técnicos, se corre el riesgo de que desaparezcan y vernos en la necesidad de emprender los análisis con especialistas extranjeros”, destaca el director, quien ejemplifica con el caso reciente de una empresa cienfueguera que pagó 80 mil dólares a dos técnicos foráneos por el trabajo de un mes. CENEX no pudo asumir el servicio, porque tenía a tope a todo el equipo.

Por estas razones, iniciaron un curso de formación con 40 jóvenes. Arsenio Brugall

Mustelier, jefe de equipo, sostiene que consta de un año (seis meses de preparación teórica y seis de práctica). Comienza desde cero, es la única entidad del país en hacerlo —dice—, porque otras solo ofrecen cursos de nivelación.

Agrega Arsenio que ellos mismos son los propios profesores. Cuentan con la facultad para hacerlo, pues una de las funciones del CENEX es la preparación y homologación de los soldadores.

Uno de los muchachos, Yoel Hernández, asegura que él y sus compañeros se esmeran por aprender, pues tienen plena conciencia de la connotación del trabajo de los conocidos como los “médicos” de la soldadura, esos que con su labor evitan el desarme de sustancias peligrosas o incendios.